



**PENSAMIENTO
Y
CULTURA**

De las cavernas a la infinidad

EL CONTRADICTORIO UNIVERSO

DEL HOMBRE

A TRAVES DE LA POESIA DE

PORFIRIO BARBA-JACOB

Otto Morales Benítez*

No es fácil acercarse con sentido crítico a la creación del poeta Porfirio Barba Jacob. La obra, a pesar de que no es muy extensa, tiene una extraña potencia espiritual. Convoca al lector a diferentes y múltiples zozobras. De noble estirpe lírica, su mundo cada vez arrecia en dones, hechizos y nos compromete en afares metafísicos. Ella nos inclina a reflexionar

acerca de los más enigmáticos problemas del hombre: la muerte, la angustia, el escepticismo, el olvido. A la vez, nos trae, inesperadamente, a la infancia. Y un hábito de melancolía nos va envolviendo.

Esa poesía nos facilita compartir algunos de los dolores que, universalmente, han puesto a los hombres en identidades de deses-

* Abogado, exministro del Trabajo y de Estado, exsenador de la República, político, historiador, escritor y profesor universitario.

peración. En torno de ella se congregan los más disímiles seres. En ella se identifican en su júbilo primitivo, en sus patéticas desgarraduras, en su sentido dionisiaco del goce. Puede que algunas de estas alas humanas, no nos hayan rozado pero se intuyen, se ansían, se esperan o se padecen como frustración que conduce a vivir resignados. En su canto, está el universo con su infantilidad y con su conturbado y desgarrado paso por el torbellino de la "loca alegría".

Además, Barba-Jacob se empeñó en rodear su creación de la leyenda. Esta, emergía de la magia de la palabra. El, iba estimulando las fantasías en torno de cada uno de sus poemas y como tienen referencias a distintas procedencias, meridianos, latitudes, crecen y se amplían hasta lo insondable. Todos tenemos tendencia a iluminar con virtudes y quimeras, aquellos sitios que desconocemos. El poeta

al referirse a muchos lugares que no compartimos, crea nuevos estímulos para el sueño.

Aún más: quienes fueron sus contertulios, enriquecieron el ambiente de misterio y patetismo de cada uno de sus versos. Ellos le fueron descubriendo resonancias sutiles; les señalaron vigores que estaban ocultos en el subconciante espacio de los vocablos; les revelan, al lector, cuanto de exótico camino había recorrido el musageta para llegar a sus alaridos.

Así, esa obra poética es más difícil de aprisionar en un nivel de sereno juicio. Todo contribuye a agregarle ingredientes más confusos. Miguel Angel Osorio Benítez o Porfirio Barba-Jacob, nunca debió consentir aquel. El, estaba más cerca de lo alucinado —a pesar de tener sus pies en la dura greda de su tierra— obedeciendo a la elación. La fantasía lo circundaba con sus perplejidades. Y él las amaba.

El sentido de lo trágico

Hay quienes poseen la condición de irradiar sobre los seres y las cosas un ambiente de tragedia. Nada los detiene en este furor demoniaco: dimana de su fuerza interior. No es posible disminuir su aliento trágico. Se pueden crear las condiciones más propicias para la felicidad, y ellos las rompen agoraramente. ¿A qué se debe ese extraño fenómeno? Aún no hemos hallado una explicación científica. Es algo que arranca de la interioridad y se refleja sobre lo circundante. Nadie se libra de su fuerza y de su influjo. Y, se transmite a la creación intelectual. Al repasar la obra de Barba-Jacob, ello se hace

elocuente. Por ella avanzan la angustia, las lamentaciones, el gemido. Daniel Arango nos lo ha indicado con su maestría: "No hay otro acento como éste, en la poesía americana de este siglo, de similar intensidad y de inflexión tan patética".

Lo trágico es una categoría del existir. En esta poesía, se hace inevitable cuando ella se asoma a los más esenciales problemas de la existencia. Lo que exalta el artista, tiene una identidad con el dolor. Por ello, a veces cae en la descripción de lo más patético. Y si no es así, el poeta tiene la virtud de

conducirnos hacia esa creencia del desespero. El alma sale sobrecogida de su lectura. No estamos en capacidad de renunciar al conjuro que él nos hace. Porque nos pone ante todo lo que el espíritu es capaz de resistir en páfida incertidumbre. Es una fuerza íntima la

que nos transmiten esos cantos con su desgarramiento. El, nos previno a todos cuando nos dijo que "se es infeliz cuando todo, hasta la propia felicidad, se vive como una tragedia, como en mi caso".

La nostalgia de la infancia

Y a ese clima, se le une otro de nostalgia, que va influyendo torrencialmente, del recuerdo de la niñez. Esta, la recrea, le busca los trazos más perdurables en las constantes plácidas de la infancia. Así los lectores nos vamos sintiendo comprometidos en solidaridad con el poeta. La tierra de los primeros años; las evocaciones de los sucesos que más nos unieron a los seres que compartieron esa etapa; los nombres que hacen estremecer de temblores la interioridad; las alegrías inefables; los dolores apenas presentidos, cruzan por su poesía con resplandores de ingenuidad. Entonces él logra llevarnos de lo más trágico a lo más puro.

Arrebatarnos la serenidad interior con escenas delirantes y, después, apaciguarnos con adjetivos de ansiosa melancolía. Es la magia

del creador. Por ello en el poema "El corazón rebosante" nos habla de que "todo es sencillo y sabio".

Estas combinaciones de diferentes climas emocionales, le dan a Barba-Jacob la capacidad de ir atando, a su conjuro, a las más diversas personalidades. De allí el influjo y permanencia de su poesía. Todos tenemos, en el fondo de nuestro corazón, un mensaje que nos viene desde la inicial hora a la cual puede regresar el recuerdo.

En Barba-Jacob hay una vocación de regreso a la infancia. Es un signo de arraigo muy hondo. Allí está el germen de su poesía. Da vueltas sobre su existencia desgarrada para volver a las horas iniciales. Y el poeta nos habla con juego verbal que impaciente y sacude el ánimo más serena:

"¡Oh, quien pudiera de niñez temblando,
a un alba de inocencia renacer!".

La muerte

Uno de los estigmas más destacados de esta poesía, es la obsesión de la muerte. Frente a ella no existe sosiego. Al contrario, se hace frenesí la desesperación. Es un signo muy entrañablemente here-

dado de sus gentes. El antioqueño que es tan vital, tan dinámico, con una fuerza desafiante para enfrentar el destino, no tiene defensas ante la muerte. Esa categoría trágica le puede venir de las ense-

ñanzas del catolicismo. Pues bien: Barba-Jacob las aprendió con arrebatador patetismo. No lo salvó de su aprehensión, ninguno de sus múltiples escepticismos. Frente a ella doblegaba sus ímpetus. Hacía cavilaciones; despertaba y llamaba su conciencia; retorcía su posi-

ción ante el asombro. No logró levantar un conjunto suficientemente fuerte, que lo librara de su asedio. Al contrario, en cada nuevo enfrentamiento, se le veía más conmovedoramente indeciso y atemorizado:

“No hay nada grande, nada, sino la muerte...”

Ese verso es el resumen lúgubre de su concepción del Universo. El, se calificaba como optimista, errabundo e impetuoso. Pero terminaba admitiendo que era sólo un “poeta errante e intranquilo”.

Toda su obra está con azogue ante la muerte. Lo sofoca, lo acusa, lo emplaza permanentemente. No logra borrarla ni siquiera en su errancia permanente. Lucha dolo-

rosamente contra su presencia. Se siente circuido por su poder. Cuando más lo incita y perturba, el poeta trata de proclamar que su hora no ha llegado. Es el temor a la nada que se agiganta en su inteligencia. La quiere desterrar a gritos. Apela al poder de su numen; a la fuerza de su razonar; a la voluntad de permanecer y de gozar. En “La Hora Suprema”, sentencia con desesperación:

“Mas al rodar al tenebroso abismo,
aún clamaré con mi última energía,
firme en mi ley, seguro de mí mismo:

—¡MI HORA NO HA LLEGADO TODAVIA!

El registro de su poesía

Podríamos acercarnos a su poesía, señalando que es un lírico que exalta sus más entrañables preocupaciones. Se detiene en ellas; le canta a sus desazones. No tiene ningún recato para referirse a sus perplejidades; para enunciar cuáles vicios lo atenazan y dirigen. En ello no hay cálculo, pues su época no era la más benigna para absolver y, menos, para perdonar. Esta actitud revela su independencia. Producía asombro. Muchas gentes, —en su tiempo poco permisivo— se revelaban ante la rebeldía de su conducta. Algunos llegaron a considerarla desafiante.

Eso no es lo esencial. Lo que nos debe incitar, es que sus poemas avanzan por muy diversos y humanos caminos interiores. La ansiedad, el terror, los estremecidos conflictos de la carne, la embriaguez de los sentidos hasta llegar a la orgía, la ambición, los sueños truncos de la juventud. Lo demoníaco en esencia. Todo aquello que sacude el corazón más indiferente, en Barba-Jacob adquiriría un patetismo. Por ello, no logramos separarnos de sus furores. Estos nos llaman con sus voces, arrebatadas de dolor, de lujuria, de exaltación a la juventud delirante,

a las horas de sombría expectativa, a las estancias de la alegría concupiscente.

Para el lúcido y erudito escritor René Uribe Ferrer, su poesía tiene un matiz post-modernista, pues hereda algunas enseñanzas de las que aclimató Rubén Darío en nuestro continente. Pero aceptando que no es una clasificación rigurosa. Su obra tuvo un acento personal,

que lo libera de los casilleros retóricos. La prueba es que otro crítico, igualmente con trayectoria en el dominio del análisis, sostiene que la obra de Barba-Jacob corresponde a la concepción del romanticismo como expresión del cristianismo protestante: "el gran poeta colombiano se siente demoniacamente ajeno a la naturaleza. Frente al mundo, él alza su conciencia atormentada".

Una poesía autobiográfica

Este poeta entra en la zona de la autobiografía. En la exaltación de lo que ha conmovido a su yo; lo que lo ha puesto en vigilia íntima; lo que le ha servido de viático en su travesía. Es un regresar a lo más profundo de sí mismo. Es una manera de sumergirse en las intrincadas claves de su existencia. Así se conserva su filiación. El no se permite ligerezas ante lo insondable de su ser. Y éste, tiene un extraño registro de sensaciones. Su sensibilidad le persigue y estimula para todos los intrincados tormentos que ella agudiza.

Quien se propone relatar su autobiografía, puede eludir los temas; desviar consideraciones en torno a lo más cercano a su yo. La reconstruye con lo circunstancial, lo aledaño, lo que vino de fuera hacia su vida. En Barba-Jacob ello no sucede. Al contrario, él se empecina en reafirmar su propia tragedia. Nos descubre sus horas de pavor. Se detiene en el simbolismo tenebroso de los episodios que nacen casi de su propia hiperestesia. Es un hombre con sabiduría en su maestría lírica; con un nobilísimo lenguaje; con alta inspira-

ción. Eso sí, avanza hacia las zonas donde lo más conturbador levanta su ansiedad, "su pavor, su locura".

René Uribe Ferrer afirma que "Su autobiografía esencial y su doctrina estética, constan en sus páginas en prosa de **La Divina Tragedia**, (1920), que constituyen una de las obras fundamentales de nuestra literatura."

En ellas, por cierto, aparece delineado su credo estético y va relevando cuáles son los temas fundamentales que han sacudido su vida personal y aquellos que nos dan la complicada posición del hombre, ante lo cotidiano. Tiene claro el enfoque de su realidad. No anda lejano de lo inmediato. No está en la cercanía de la fantasía cuando se trata de los interrogantes que van conformando el juego de la comunidad.

Donde Barba-Jacob alcanza una extraña categoría humana, en medio de expresiones estéticas de alta calidad, es cuando se detiene en el horrísono acontecer de su existencia. Allí reincide el marco de lo trágico y aparece con su do-

minio. En "El Son del Viento", que tiene tantas evocaciones profundas de su existir, de acto que se relaciona con aspectos que determinan el paso por el mundo, él nos lo recuerda:

"El Son del Viento en la arcada
tiene la clave de mi mismo:
soy una fuerza exacerbada
y soy un clamor de abismo"

Y para que nos quede ninguna duda, el poeta nos indica:

"Entre los coros estelares
oigo algo mío disonar"

Podríamos aprovechar muchas referencias de su poesía. No hay poema en el cual el torrente lírico logre ocultar la fuente de sus torturas. Estas, inclusive pueden emanar de la lucidez que otorga la felicidad. Así lo escuchamos en la "Canción innominada":

¡"Todo el dolor y toda la alegría,
y nadie ha sido más feliz que yo!"

El sentido metafísico

A pesar de que su poesía va penetrando hasta las inteligencias menos cultas; de que ella ilumina a quienes no viven atados con valores estéticos, ella posee una hondura. Apela sólo a los sentimientos. No está escrita esta obra para sacudirnos apelando a nuestras reacciones elementales. Barba-Jacob plantea múltiples inquietudes, que son las de un hombre culto. De quien desciende de lecturas y de reflexiones. No es su poesía el producto exclusivo de

una sensibilidad y un temperamento con inclinaciones por la rima. Hay algo más profundo que va inquietando su vagar.

Descubrimos que las dudas religiosas y metafísicas lo asaltan y lo mantienen sometido al escepticismo. De ellas nos deja muchas dispersas afirmaciones en sus poemas. En "La Vieja Canción", nos pone en evidencia sus atormentadas horas de vacilación.

"¿Qué ha de hacer el que ignora el destino,
la razón de su pan y su vino
y la clave de oscuro avatar?"

Sus poesías así conducen a un clamor de alucinado; con su patético rumor; donde la enajenación camina por el intrincado universo de las realidades que asedian al ser. Miguel Angel Osorio Benítez o Porfirio Barba-Jacob tenía conciencia de la raíz de esa angustia. Por lo tanto, no estaba llevando a su poesía afanes que no lo tuvieran preocupado intelectualmente.

No era algo que había agotado su imaginación solamente.

El, nos lo recuerda y nos indica su filiación con mucha lucidez. El desea que nos demos cuenta de que no obedece a simples y circunstanciales avatares humanos. Hay algo con mayor densidad que va orientando su holgar.

Lo anecdótico tiene un valor. Pero no es lo trascendental. El, lo ha dicho con riqueza de certezas en su página "Claves", que es el prólogo al volumen "Canciones y Elegías", que fue la edición de homenaje que se publicó en México en 1932:

"¡Pugna heroica! Ilíada sin dioses, la de aquel que ha de formarse y de existir —y de triunfar, si llega a triunfos— con la generosa ayuda de Nadie, para que después lo exploten políticos y arrivistas, lo expulsen los gobiernos de tres países, y quieran circunscribirlo, en nombre de leyes morales en que aún no cree, tiranos a quienes desprecia, cenáculos de donde no ha de salir ninguna revelación, partidos que van a reventar de mezquinas concupiscencias".

"Y sin embargo, todo esto no forma sino el tejido de lo incidental, que no asume ni siquiera la dignidad de problema. El

problema es otro. Más antiguo y más complejo que el del Príncipe de Dinamarca. Parece cargado de explosivos. Rezuma de razón pura y de razón práctica en dolorosas alternativas. Entre uno cualquiera de sus términos y el que le antecede o el que le sigue, los arcos del horizonte mental se van cerrando y constriñen y angustian como unas tenazas. Yo era, pues —intuitivamente—, un hombre metafísico, aunque careciese de cultura organizada y de sistema estructural, y sentía urgencia de absolver grandes cuestiones para echar después los fundamentos de mi propia Ética."

"Necesidad del ser.

"Ser.

"Modo de ser.

"En los filósofos profesionales, esto define claridad, método para la exposición. En los poetas determina borrasca y ensimismamiento".

Lejos de la Improvisación

Muchos han confundido el errabundaje de Barba-Jacob; su caminar bohemio; su inestabilidad en el espacio, con un escritor sin formación mental. No era un científico y de ello tenía certidumbre. Pero a estado ceñido a muchos rigores: los de un trabajador de la cultura desde la primera juventud en los libros. Porque no se puede concebir y crear una obra como la suya, si no existen detrás unos altos designios mentales, pero éstos bien provistos de referencias

culturales. Ninguna expresión intelectual se improvisa. Aquellos que lo hacen, levantan su resplandor y vuelven a apagarse. Ellos mueren encandilados por sus fuegos fatuos. Construir con la inteligencia demanda rigor, empecinada lucha para dominar escuelas, formas de expresión, recursos idiomáticos, matices que vienen de remotas referencias culturales. Es un inclinarse con paciencia sobre el exigente don de la clarividencia. Porfirio Barba-Jacob confió en es-

ta pelea. El dejó la consigna: "Vivir es esforzarse".

Si leemos con cuidado algunos de sus ensayos; si nos preocupamos por separar lo anecdótico de sus reportajes, de lo trascendental que nos revelan; si nos dedicamos a examinar su poesía con rigor crítico, nos vamos a hallar ante un escritor que maduró sus visiones del universo. No fueron sólo reflejo de su sensibilidad o de sus fugaces emociones. Lo que se expresa es más esencial. Si recordamos, por ejemplo, a los diversos tratados a que él hace comentarios, y que declara que examina para futuros libros, nos damos cuenta de que había un trabajador que preparaba metódicamente sus propios estudios. Si separamos sus referencias —siempre fundamentales en la cultura universal— que no son simples escauceos accidentales. Barba Jacob nos aclara su actitud ante la cultura:

"La lectura dizque es el consue-
lo de los insaciados. Me hundía

en ella con pertinacia ejemplar, pero a mí no me consolaba. Los libros donde busqué soluciones me parecieron esquemáticos sin fluidez y sin miel de ternura, o bien eran puramente místicos: resultaban más allá del conflicto, fuera del espacio y de la causación. Además, eran libros "en europeo", y yo soy modelación del barro de América, quizá ese barro en su prístina tosquedad. Si por aquel antaño hubiese tenido ya su forma de hoy la Metafísica de José Vasconcelos, donde por primera vez he sentido que se habla a los hombres egregios —no gregarios— de mi propia raza, llamándolos a encontrar en el YO EXISTO el punto de partida, la realidad en torno de la cual es únicamente posible una explicación del universo íntimo y del universo exterior, ¡cómo se hubiesen resuelto en paz y en júbilo todas mis torturas! Ellas continuaban ahí, como un incendio que devora sin extinguirse".

Lo hechizado y lo mágico

Lo real mágico de que se habla ahora como signo de nuestra literatura indoamericana, ya tuvo su expresión en esta obra singular. Esta procede, en parte, de varios y diferentes conjuros. No es una poesía simplemente emotiva. Viene de más escondidos y sabios recursos y experiencias. Barba Jacob, como pocos, encontró en su paso por Centroamérica parte de ese misterio del Mar Caribe, que tiene tan singulares repercusiones en su cantar. Igualmente, se sumergió en ese ancho anhelo

de claridad en el origen primitivo, que ha representado México en su afán de identidad y autenticidad. Sin olvidar que Antioquia está en la raíz de su más intensa y clara ambición de mirar el mundo.

El nos ha dado la explicación para entender parte de su mensaje poético. El, nos dice que su poesía adquirió un tono particular de magia, después del episodio del Palacio de la Nunciatura, y en este circunstancial acto, bien particular por cierto, sólo puede jugar un

hechizamiento singular que debía poseer Barba-Jacob. No se logra ser centro de un tan extraño episodio, si no hay una tendencia psicológica para captar esos signos polifónicos. Es lo que conduce a algunas personas a verdaderos estados de metempsicosis. Son sutiles y peculiares universos en los cuales sus revelaciones no son perceptibles por todos los mortales. Se requiere una predisposición interior aún no esclarecida por la ciencia. El poeta pertenecía a esa raza de tan especiales capacidades de percepción. Lo que sucede tiene tal irrealidad, que los simples mortales pensamos en calificar todo el proceso de fantasía. En fin: no entremos a calificar, separar, identificar. Lo trascendental es que el poeta nos ha dicho que esas horas de encantamiento le han dado una nueva categoría, unas resonancias antes desconocidas, a su creación.

Pero, ¿nos detenemos sólo en la enuncianción del acontecimiento? Creo que no. En Barba-Jacob no podemos separar la leyenda de su poesía. A veces se confunden. Y se interrelacionan. Ella, aclara visiones, referencias, palabras mágicas, versos de intrincadas claves. Fue de tales características el insuceso, que Rafael Arévalo Martínez escribió **Las Noches en el Palacio de la Nunciatura**, que publicó en 1927 en la Tipografía Sánchez de Guise, en Guatemala. —Y en torno de ese lance fantasmagórico, siempre hay referencias de los analistas de su obra y el poeta acentúa la significación de él:

“Después de los fenómenos de que fui a la vez víctima y espec-

tador en el Palacio de la Nunciatura, que todo México ha conocido por un relato mío, tan económico de ideas como de arte, no me está permitido cerrar la puerta de mi poesía ni de mi tragicomedia a los hábitos del misterio”.

Pero queda el interrogante de lo que pasó. Es fácil averiguarlo. Raúl Roa, el escritor, y combatiente cubano de izquierda, hace una síntesis del relato que le escuchó en La Habana al poeta:

“—Entre los palacios de México es digno de notar, por su magnificencia y decorado, el que sirvió de teatro a los fantásticos sucesos que os voy a contar. Fue especialmente construido para albergar al Nuncio del Papa; pero como aquel pueblo y aquel gobierno rebelde se resistieron a admitirlo, el soberbio Palacio, largo tiempo abandonado, al fin se convirtió en una especie de hospedería regia. Yo, que entonces era espléndidamente pagado por el Universal, pude arrendar un departamento rumboso, que se componía de todo el tercer piso, salvo una pequeña parte que ocupaba un general mexicano y su joven esposa, próxima a dar luz”.

“¡Oro, sedas, tapices, alfombras! Un biombo chino, un escritorio con incrustaciones de nácar y varios muebles estilo Luis XV, eran los tesoros que más me enorgullecían. Era yo entonces, por mi poder y riqueza, un verdadero señor de horca y cuchillo para los escritorzuelos de pocas garras que representaban a nuestra América en

México y aun para los gerifaltes de la prensa, pero que no tenían ni mis uñas ni mi aquilina visión. El éxito me sonreía. Una tarde, entre los plumíferos pedigüeños que a diario venían a prosternarse a mis plantas, se anunció José Meruenda. Nunca conocí yo tipo espiritualmente más repulsivo. Y me rogó que lo dejara dormir en la alfombra que estaba cabe mi cama, a modo de falderillo sumiso. Sólo Meruenda era el elemento disonante en mi casa. Mi criado Espiridón era un indio enigmático, callado representante de la raza aborigen americana. Códices, culturas precolombinas, ritos extraños, todo el misterio maya hablaba por aquel hombre terroso, rudo y feo como un ídolo andino. Y conmigo vivían también mi compatriota el poeta colombiano Leopoldo de la Rosa y el caricaturista salvadoreño Toño Salazar. Una noche, en la habitación vecina, se acostaron Meruenda y el enigmático Espiridón. Yo leía el tremendo Nietzsche; después me sumergí en un chorro de luz blanca, de agua cristalina, de alegría matinal: leí a Sanín, de Arsibachev. Cansado dejé al fin de leer en el libro, pero sin soltarlo. Y ya me disponía a apagar la luz, cuando de repente las leyes de la naturaleza se trastornaron en mi aposento, lo que tenía tanta trascendencia como si los astros chocasen entre sí, como si la tierra se detuviera en el espacio, como si el azul del cielo se enrollase en un eje invisible según la apocalíptica visión". "Se detuvo un instante; y mirando extrañadamente a Judith Martínez Villena, continuó:

"—Lo que aconteció fue para mi razón tan incomprensible y tan ferozmente absurdo, que me pregunté con los pelos de punta, y el crujido de dientes de la frase bíblica: ¿Es que se pronunció al fin sobre ti el anatema del dios en quien no creíste? ¿De tal modo te han sorbido la médula el alcohol, la marihuana y la lujuria que ya estás recluido en un manicomio y no te has dado cuenta de ello? He aquí, sin más divagaciones, lo que vieron mis ojos. De pronto, el radioso libro que había estado leyendo se escapó de mis manos, se cernió unos instantes como a dos metros sobre mi cabeza, luego subió más, hasta tocar el techo; después, descendió y me cayó en la cara. Pero la irritación y el dolor que esto me produjo, inmediatamente desaparecieron ante otros fenómenos singulares: la taza de chocolate medio llena que había en mi mesa de noche siguió el mismo camino hacia el techo, y ya cerca de él, cuando yo me preguntaba qué podría moverla, cual si quisiera burlarme pasó rápidamente de un tintero a otro de la habitación y acabó aventando su contenido contra el techo de la misma; y luego, muchos objetos entraron a danzar una danza loca. Los minúsculos utensilios del tocador bailaban vertiginosamente, el escritorio y el biombo se movían. Mas, nada me causó un terror tan grande, como la silla en que acostumbraba a inhalar marihuana, leer y trabajar; como animada de siniestra intención, desde el más lejano rincón del cuarto en que me encontraba echó a andar

hacia mi lecho, en el que, en el potro del terrero encadenado por el miedo, en vano intentaba prorrumpir demandando auxilio. La silla se detuvo al chocar, a pocos centímetros de mi rostro, contra la cabecera de la cama; y entonces, apenas produjo un débil sonido como el de una voz humana que sonara entre colchas de algodón; apenas produjo un quejido de horror. Pero la silla parecía querer empinarse como para abofetearme, y entonces mi pavor fue tan grande, que mi casi inarticulada voz, ensordecida y acallada por la angustia mortal que me poseía, logró al fin llamar la atención de mi criado. Espiridión entró, y a sus gritos, también Meruenda; y en presencia de los tres, siguió el mismo incomprensible movimiento de las cosas inertes que había en mi estancia. Pero ya el miedo de los tres juntos fue menos grande que el mío solo; y vociferamos y llenamos el aire con nuestros gritos y terror. Y huímos, huímos los tres; bajamos corriendo las escaleras,

todos en paños menores; yo con mi pijama suntuosa, bordada de flores chinas; Meruenda y Espiridión en calzoncillos, todos descalzos. Cuando llegamos a un parque cercano, un frío intenso disminuyó algo nuestro miedo. Echamos a andar, bajo los árboles de la avenida, sintiendo apenas que nuestros pies sin zapatos sangraban al roce del empedrado. Y aún, hasta allí, con la complicidad de la luna saturnal, nos persiguieron varios pequeños objetos de mi cuarto. Me acuerdo, sobre todo, de un dedal de plata que insistentemente saltaba ante mis ojos. Por dos veces lo arrojé lejos de mí; y siempre volvía. Me pareció que era como un emblema de mi huida perpetua de mí mismo, sin éxito posible. Y así, en plena zarabanda, hasta las primeras luces de la madrugada..."

"Y Barba Jacob se concentró de nuevo en sí mismo, como haciendo memoria. Breve pausa que todos aprovechamos para enjugarnos la frente, estirar los miembros e ingerir un coñac".

"Vivir es esforzarse"

Se equivocan quienes juzgan a Barba Jacob, escuchando sus voces livianas de vagabundo, que levanta en su mensaje. Fue un ser de muchos caminos, pero donde se aposentaba tenía que laborar con insistencia. Nunca tuvo nada. Sus oficios fueron apremiantes. Desde la maestría en las escuelas de Angostura, hasta el final de su vida, luchó para adquirir un puesto en la existencia.

Trabajó duro, con la demanda de

la premura, en demasiados periódicos. En estos, la urgencia del material no permite holganzas. Fundó diarios, revistas, publicaciones de diverso género. Modificó el espíritu y la orientación de muchos de los diarios que cayeron bajo su influjo. Sus biógrafos cuentan su participación en mil empresas de las más heterogéneas vertientes. Y allí templó su carácter de luchador: "Lo cierto es que así, de redacción en redacción, empecé a afirmar la concien-

cia de mi ciudadanía en el mundo. Me hice hombre”.

Pero aún más: él se vio obligado a adquirir una cultura; a indagar con una lúcida conciencia para entender dónde estaban las limitaciones estéticas de su poesía. No se dio reposo: “Y esperaba. Y trabajaba... Un día llegará en que las palabras me enseñen sus azules secretos”.

El idioma fue preocupación fundamental en sus labores de periodista y creador. Se empeñó con rigor y éste lo predicó para quienes llegaban al periodismo. El creía que debía desterrarse la creencia de que el colaborador de éste puede improvisarse. La reali-

dad es que sin cultura no se puede asomar, rigurosamente, a ese eridablado tejido de las noticias y contribuir, con editoriales y comentarios, a integrar una conducta de la opinión pública. Barba-Jacob, que tenía un severo sentido de la responsabilidad en el trabajo mental, repetía que “la limpidez y claridad del lenguaje, aun para expresar lo turbio y lo vago, acusa excelsitud, virilidad, corazón seguro. A mí no me den escritores que no saben gramática o que, puestos a expresar un concepto no tienen nueve palabras para desperdiciar por una que aprovechan. Esa no es mi gente. Esos no saben español e ignoran la opulencia de los arcones de Castilla”.

Su ambición: ordenar su obra

Si no hubiera tenido rigor, no hubiera sido tan exigente con su creación. Por esto vaciló para reunirla en libros. Juzgaba que en el continente había muchos poetas, pero pocos que merecieran el título de grandes. El, tuvo el valor de contar las dificultades que debía afrontar en la elaboración. Sus padecimientos buscando un vocablo que se ajustara a la desazón interior que lo conducía al canto. Y esto lo entendía como una obligación primordial, a la cual no podría ceder por ligereza. Muchas veces invoca la necesidad de luchar hasta encontrar la forma que se ajustara a su propio pensamiento. Y lo aceptaba como un mandato. Donde no podía imponerse la improvisación.

Rehusó que se juzgara como obras definitivas las que él no dirigió, corrigió, ordenó. En multitud de ocasiones dijo qué pensaba de las ediciones que habían apareci-

do. Y J.B. Jaramillo Meza, un concienzudo y apasionado de la cultura, con inclinación por el combate y el desvelo intelectuales, recibió de Barba-Jacob calificaciones consagratorias por todos sus atributos. En carta del 23 de junio de 1941, le dice:

“En ti no me equivoqué jamás, como desgraciadamente me ha ocurrido con casi todos los hombres que se llamaron mis amigos, en tierras tan distintas y en tantos años de vida. Tú, generoso; tú, comprensivo; tú, siempre hidalgo; tú, magnífico en todo, el mejor de mis amigos hasta en la hora de mi ruina”.

“Quiero que tú, que me has querido de verdad y has admirado mis versos y que, además, eres hombre de orden y de acción, seas el testamentario de mi poesía en Colombia”.

Al publicar el libro **Poemas Intemporales**, sus editores cuentan que entre los papeles de Barba-Jacob, al morir, hallaron un manuscrito, en el cual está el orden o plan para la edición de su poesía. Esto, revela su meticulosa responsabilidad con su creación. Esos signos no son permanentes en quienes tienen una bohemia actitud ante sus textos. Y en ésta, él siempre tuvo una posición esclarecedora de su conducta ante sus poemas.

Poseía confianza en la virtud de su mensaje. Sabía que debía proyectarse y expandirse después de su muerte. Presentía cómo lo juzgarían en el futuro. Y lo dijo con claridad mental. Pero de sus razonamientos se desprende la seguridad que le asistía en la perdurabilidad de sus poemas:

"Aguardo sereno el juicio de la posteridad. Ya lo advertí en el prólogo de una colección de mis versos editada en 1920. Yo reposo tranquilo en mi obra, en la que ya tiene alas en la vida de las canciones, y en la que no es sino un vago ritmo de abeja platónica en fantasía. Yo entrego mi trigo, seguro de que va en él la savia de mi campo. La posteridad separará las gavillas pequeñas y vanas, las que brillan

menos por la madurez de los granículos que por el vívido oro de las pajuelas. Se me reducirá acaso a unas cuantas páginas de antología, con la asignación de "errabundo y extraviado". ¡Pero algún grito mío subsistirá, porque por mí han hablado el dolor, el terror y la esperanza! ¡Y Acuarimántima fulge en la lejana!..."

"Creo, finalmente, que mis poemas van a levantar murmullos adversos, a mi nombre, entre espíritus reacios al corazón caritativo de Jesucristo. Me está reservada una celebridad rencorosa. Quizá alguien se torne iracundo contra las direcciones artísticas de mi obra, por direcciones morales que no he querido señalar. Pero yo no soy un moralista del amor, ni padre de familia, ni maestro de escuela, ni siquiera diplomático... Si arrecia la tempestad, me acogeré silenciosamente al blando arrimo de la contemplación. Soy uno de los seres que más gozan en la soledad, que más consueles saben resumir en los esplendores de la naturaleza. No hay pesadumbre, por ruda que sea, que no se disipe cuando asoma sobre la paz de los campos la estrella de la tarde..."

Identidades con su Antioquia: recrea lo suyo

Nada podrá explicar mejor su poesía que sus identidades con Antioquia. En muchas de ellas, recrea su ambiente: el espiritual y el geográfico. En el primero ahonda y revela muchos de sus conflictos y sus gozos. Son parte de la médula de un pueblo que lo marcó con su

melancolía. Esta aflora cada vez que su memoria regresa a las regiones de su comarca. Las siente, por cierto, como parte integral de su signo estético. Y éste lo va transformando en material poético.

En uno de los momentos más lúcidos de *La Divina Tragedia*, Barba-Jacob nos va indicando cómo fue su amasijo espiritual con su tierra al relatarnos la aventura de uno de sus viajes: "Por los breñales de Anorí, por los bosques de Zaragoza, ríos frenéticos entre las rocas, culebras, libélulas, parásitos, begonias... Nechí abajo,

"Suenan una hora y anda un caballo-troque-que-traque- como aquel día en que volvieron de Sopetrán.

Una voz melodiosa:

Cuando tú crezcas harás un viaje al Cauca hondo, - ¡duérmete niño bata-gulungo!- al Cauca hondo, con los botones en el hatillo o en el zurrón; navegaremos en un barquito-; bata-gulungo!- y traeremos al abuelito. en el caballo del Tipitón..."

Todo ello está en la raíz de su nativa Antioquia, hasta en la remembranza de los cantos infantiles. A ella le da la categoría de proyección que él anhela en sus delirios idealistas: "En mi Antioquia israelita, entraña de mi nativa Colombia, ninfa melódica de mi ideal América..."

Barba-Jacob, igualmente, siente el poder de su origen. Lo sostienen el ejemplo heroico del prócer Emigdio Benítez o las pedagogías de serena y humilde grandeza de las gentes campesinas de la estirpe. Allí está su categoría, y de esas remembranzas humanas, donde la patria se transforma, va tomando las inspiraciones de su numen:

"Para juzgarme así era necesario ignorar —entre muchas otras ignorancias que provienen de pereza mental y de falta de ternura— el complejo de mi sangre, toda mi lontananza física y espiritual. Una mujer de mi

Cauca abajo, Magdalena abajo..." Al recordar "las orillas doradas del Tenche o las orillas azules del hondo San Pablo", había consagrado su capacidad de evocación. En el poema "En la muerte del poeta", vuelve sobre las fidelidades a sus pueblos y a las aguas de su tierra:

raza componía endechas desnudas, de temblor y de amor, a la sombra de los zuribios. Un varón de mi estirpe fue sutilísimo en la Teología y en la ciencia del Derecho, presidió el Primer Congreso republicano de la Nueva Granada, y murió fusilado por los realistas en Bogotá, como Caldas y como Policarpa Salavarrieta. Y, por la línea-paterna, cercanos antecesores míos, en el breñal antioqueño, en los Andes, dormían sobre cueros de res, como los arios primitivos, y por toda blandura ponían bajo sus cabezas abrumadas el almud de tasar maíz. Un río salmodió religiosamente mi infancia; pero no conocí más música de artificio que las vihuelas de los peones y el melodium de la parroquia, ni más teatro que el horizonte, de bambalinas azúleas. La guerra civil de 1900 fue mi madrastra, e hice mis estudios y recibí las borlas de Doctor perentorio —costeándome yo mismo los

cursos, de año en año— en la
agusta, en la tremenda Uni-
versidad de... la vida”.

Aún más: a sus compañeros de
la provincia antioqueña, a sus ca-
maradas de las primeras horas, les
dedica parte de su poesía; con ri-
queza en la descripción del tiempo
en que el hombre trata de descu-
brir el mundo y su camino. Para
ellos son los aromas y los colo-
res de su flora: los lulos de oro, los
convólulos, las astromelias, los
mortiños, los romeros, los zuri-
bios, la flor de San Juan de tonos
violáceos, las begonias, los hele-
chos, las florecillas de oro de la
yedra. Toda esta flora y otra aún
más rica, la vamos hallando en sus
poemas y en su prosa como que
anduvieramos por los huertos o
las veredas que conducen a la
casa familiar. En él prevalece —
sin tratar de ocultarlo— la “nosta-
lgia de la infancia y de la tierra
natal”.

A quienes tienen el mismo ori-
gen pueblerino y les advierte cali-
dades en sus afanes y en sus sue-
ños, les consagra su admiración y
los exalta. A Marco Tobón Mejía
—de quien el país debe rescatar su
nombre y su obra— lo sitúa en su
berlino cubano:

“En La Habana conocí a Tobón
Mejía... Creo que éramos algo
parientes por la parte linajuda
de mi familia. El se dedicaba a
buscar su expresión por medio
de la pintura, pero no tenía li-

bertad para moverse dentro del
cuadro. Sus ideales de pintura
eran bizantinos. Después ha lo-
grado resonantes triunfos en
París —según las trompas de
oro— mas no como pintor, sino
como escultor. ¡Cada uno se en-
cuentra a su tiempo, menos los
tontos de remate! Tobón Mejía
me dejó un alto ejemplo de valor
para la lucha, una firme espe-
ranza en su talento, y una grata
memoria de paisano”.

Aún más —y un poco más, como
él dice— si pensamos en orden,
con intención de análisis de cómo
operan estos temas trascendenta-
les en Antioquia, allí vamos a
hallar la mayor riqueza de la poe-
sía de Barba Jacob: lo religioso con
sus complejos sistemas sociales y
sus angustias interiores; la fanta-
sía que conduce a lo real-mágico,
a la creencia y creación de los
endriagos y los mitos; la muerte
con su angustia que nos cerca con
sus pavores y sus interrogantes y
que tan dramático papel juega en
ese conglomerado colectivo; la
aventura, la errancia, la osadía
para desafiar el sistema elemental
de los burgueses; la conversación
con la cual le dieron forma a la ale-
goría, al negocio y alimentó la fan-
tasía; ésta que favorece la leyen-
da; la exageración que ayuda a
confirmar la primacía de las dos
anteriores. Así se formó e integró
la poesía de Barba-Jacob con los
ingredientes más auténticos que
descendían del vigor característi-
co, intrínseco, de su “aspérrima
Antioquia”.

Hispanoamérica: la patria ideal

No era un poeta desarraigado de
su medio. Al contrario, vivió con-

fundido con él. Tuvo igualmente,
conciencia de su continente. El

nuestro, lo hizo parte de su razonamiento y de su poesía. Vibró con todo lo que conformó su historia. Se asomó inquieto a ella para mentar a Bolívar y Santander, San Martín y Morelos. Aún más: siente resplandecer el brillo de sus científicos y de sus matemáticos; se recrea en lo que exploran y en las tesis acerca de la naturaleza o de la física; se detiene, complacido, diciendo nombres de varones de nuestra inteligencia en la literatura, en la música, en el arte.

Sentía este ambiente tropical con sentido de integración. Dijo a quien correspondía ésta: más que a los estadistas a los poetas. Nos contó cómo soñaba el porvenir de nuestra amplia geografía. En esto, tiene identificaciones, por distintos medios, habiendo vivido, en épocas diferentes —en cuanto a la necesidad de redescubrir la geografía, la historia, la fauna, y la flora de nuestro continente. En "Acuari-mántina" deja establecido el deslumbramiento:

"En libre vuelo, el cielo de mi América
hender he visto un cóndor negro, errante,
.....
y un delirar de cumbres y centellas".

En este tema, es clarificadora la actitud de Barba-Jacob que indica su repudio a toda forma de dominación. No acepta que ningún país imponga sobre otro su poder económico o político. Y su rechazo cobija hacia atrás. El pasado para él tiene tanto poder de declaración como la realidad presente. Su lucha es contra toda manifestación de la "púrpura real". Le da a nuestra América la categoría que tiene en su barroco, en su abigarrado y confuso espacio, pero con una "estupenda energía creadora". El habla del alma de Hispano-América, la gran nación ideal que va a surgir, nación de naciones". E indica cómo deben entonar su salmodia nuestros máximos cantores:

"Frente a la España maternal y gloriosa, pero despeada; frente a la Inglaterra opulenta, pero antihumana, opresora de la India; frente a la Francia de las iluminaciones, circunscrita a los aros de sus siglos; frente a la

Alemania de casillas donde ya no queda ni un rincón sin nomenclatura; frente a los Estados Unidos de pies de bronce, vientre de oro y cabeza de arcilla —país de esclavitud cuáquiera bajo cacareadas formas de libertad— se erigirá nuestra América virgínea, de estupenda energía creadora, con voz de amor, aliento de selva y visionario corazón. ¡Nuestra América, sibila feliz del género humano!"

"Y así como en este continente se libraron las batallas definitivas contra la púrpura real —porque fue aquí donde se cumplió ese gran suceso, por más que haya aún, anacrónicamente, andrajos de gloria enredados a las patas de los troncos—, así en su regazo prolífico asegurarán las generaciones que están por advenir la distribución equitativa de los bienes terrenos, por la cual se estremera hoy el mundo... ¡Poetas de Hispanoamérica, hermanos en la

memoria sagrada de José Asunción Silva y de Rubén Darío: cantemos a Hispanoamérica! Hispanoamérica es la Atlántida surgiendo resurrecta del mar, oro vivo, alba fulgente, fuerza, amor, milagro eterno, ternura, esplendor, melodía... ¡Cantemos a Hispanoamérica!"

Vale la pena que no olvidemos que él lo que hizo fue deambular por el suelo de nuestro continente.

Sofiar con sus glorias históricas; compartir la aventura de sus pueblos; asistir con su mensaje a la integración de las preocupaciones colectivas. Un poeta así se forma. Su obra tiene los rumores y cadencias de lo que iluminaba su pensamiento. De allí que América Latina se ubique en sus frases de aeda. Leyéndolo, advertimos cómo va integrando lo que espera en su sueño de poeta:

"Aldeanos del Cauca con olor de azucena;
montañeses de Antioquia, con dulzor de colmena;
infantinas de Lima, unciosas y augurales,
y princesas de México, que es como la alacena
familiar, que resguarda los ricos panales;

.....
.....

Entrad en la danza, en el feliz torbellino"

.....

Barba-Jacob entendió que nuestro ambiente, y como hemos vivido social y políticamente, justifica lo que dijo una vez, el Maestro Ger-

mán Arciniegas somos un archipiélago. Por ello aquel pudo decir de sí mismo:

"Vagó, sensual y triste, por islas de Sur América".

El conversador como fabulista

Quedan muchos testimonios de quienes le conocieron de cómo era su encanto de dialogante. Ya hemos dicho que es una vena por la cual corre la vitalidad imaginativa de Antioquia. El diálogo le sirvió para ayudar a crear la leyenda, que lo circundaba. El mismo repartía la fantasía que crecía, dándole contornos muy peculiares a sus poemas. De su coloquio se alimentaron estos, pues él les creaba una atmósfera de pavor a las escenas que había vivido o que imaginaba y

más tarde, las llevaba a sus estrofas.

Así su vida se enriquecía. Su hábito se esparcía, se ensanchaba, se proyectaba por zonas antes no imaginadas. Las sombras que crecían —y que se alargaban como el gesto que hacía con sus manos— iban dándole un aire de ser irreal. Entraba a la categoría de sueño. Y de ésta se nutren muchos de sus poemas. Es bien difícil establecer dónde comienza lo real y donde

termina lo fantástico. Como es imposible comprender si todo está o no en sus versos. El hecho es que estos se alimentan de las propias virtudes de conversador que distinguieron a Barba-Jacob.

Conocemos tres libros que reúnen parte mínima de las conversaciones que sostuvo aquí, en Colombia, con sus amigos, por los años de 1927 y 1928. Uno del buen escritor Manuel José Jaramillo: **Conversaciones con Barba-Jacob**; otro del poeta Víctor Amaya González, que le puso por título **Barba-Jacob: Hombre de Sed y Ternura** y el del crítico Lino Gil Jaramillo, **El Hombre y su Máscara**. Hay anecdotario de los Maestros Adel López Gómez, Alfonso Fuenmayor, Alberto Angel Montoya y otros que se nos escapan. Casi todo aquel que estuvo sometido a su hechizo, ha contado esa experiencia donde campeaban la inteligencia, la gracia, el terror, la muerte, la intención poética. Gil Jaramillo nos recuerda que "el poeta hablaba sin cesar durante horas y horas y nunca sabíamos en qué momento extraordinario íbamos a hallarnos en esa zona en que titilan las luces del misterio".

Raúl Roa evocando su paso por La Habana, hace una síntesis perfecta en la cual se enumeran parte de los elementos básicos a que hemos hecho referencia en esta página:

"Más, la sobremesa primero y la charla después, bien valían su inaudito descaro. Volaban las horas escuchando sus andanzas, inverecundias, amarguras y tristezas. A veces, solo a

veces, musitaba sus versos. Pocas, muy pocas, refería intimidades. No olvidaré nunca las astromelias de Sopetrán, el Cauca hondo, el caballito de Tipitón, la cabellera rubia de Teresa ceñida de cocuyos, el olor de azahar que transminaba su verbo al desgranar las tiernas remembranzas de sus amores rotos. Ni podré tampoco olvidar aquella pasión suya con que tejía sus alabanzas a México. Ni el cámbulo que ardía en su mirada, al recordar los albos días de su niñez campesina. Pero siempre se negaba a contarnos sus noches de espanto en el Palacio de la Nunciatura".

Y concluye: "lo sacrificaba todo por una frase ingeniosa, una rima perfecta, un suculento guisado o un vicio nefando".

Lo primero lo llevó a tener que soportar muchos enemigos, gentes que no le perdonaron sus insolencias verbales. Después se las cobraban y para ello unían lo que él había sugerido con su ingenio, todo adobado con el amarillento recurso de la envidia. Así le envenenaron muchos la existencia. Hay un ejemplo reciente, ocurrido después de su muerte. El escritor y poeta José Lezama Lima, en su barroca novela **Paradiso** —llena de sabiduría por todo lo que enciclopédicamente conoce con dominio su autor— y que apareció en 1968, a los dieciséis años de la muerte de Barba-Jacob, para poder hacer alusión a éste rememora que los cátaros "consideraban pecado todo contacto con la mujer". Y lo refiere, precisamente, cuando hace relación de las herejías de la sexualidad. Allí no se detiene Le-

zama Lima: éste nos cuenta que existió un heresiarca en el siglo XVI, a quien se le siguió un proceso inquisitorial en Barcelona. Mossén Urbano, el enjuiciado, habla de un Barba-Jacob o Jacobo. Y

todo va contado con cierta inclinación malévol. Debía ser el cbro de alguna de las ingeniosidades en las cuales persistía nuestro compatriota insigne.

“El hombre que parecía un caballo”

El poeta y escritor Rafael Arévalo Martínez tuvo una larga y cordial amistad con Porfirio Barba-Jacob, quien en ese entonces firmaba como Ricardo Arenales. Una ligera disputa los separó. En esos días, el guatemalteco sintió que un aire creador lo acompañaba. Escribió el cuento que tituló: **El hombre que parecía un caballo**.

Teresa Arévalo, hija de Rafael, escritora de múltiples condiciones por su versatilidad y su limpia mirada escrutadora, ha escrito la primera parte de la Biografía de su padre. Es un libro revelador, donde la ternura abruma con las sutilezas para destacar las condiciones de excepcional calidad que le dan a la obra de Arévalo Martínez un sitio excepcional en las letras latinoamericanas. Ella nos indica cómo fue el proceso de la concepción y creación de ese cuento que ha tenido tanta divulgación:

“Al terminar lo embriagó una sensación de embeleso. Era la narración alucinante de un alma alucinada. De un alma profundamente sensitiva frente a una personalidad desbordada y magnífica. “La psicología de dos personajes, dos artistas, bajo cuyos perfiles se adivina dos poetas jóvenes”. La fechó: octubre de 1914. Se sintió tan deslumbrado por la belleza so-

brehumana de su obra, como si hubiese visto salir de sus manos creadoras una flor o un diamante. No se dio cuenta de que su personaje principal era la pintura de Ricardo Arenales, a quien su imaginación había cristalizado en el transcurso del tiempo que estuvo separado de él. Con loco entusiasmo, se olvidó de su distanciamiento y corrió orgulloso a casa de su amigo colombiano a mostrársela. Se la leyó. Arenales sufrió una intensa conmoción. Se levantó de su asiento como presa de una crisis nerviosa. Se paseó por la alcoba y mientras tanto le hizo la brutal confesión de todos sus vicios. Vicios que habían sido ocultados cuidadosamente antes, por el gran aprecio que le había tenido. Sólo le había mostrado la mejor parte de sí mismo, la parte brillante, ocultando siempre la oscura a mi padre, que, en cambio, se había dado por completo a esa amistad.

“En ese instante recordó que meses antes, al llegar un día de visita, vio salir de la alcoba de Arenales a un muchacho muy guapo e hizo la siguiente observación:

—Parece una mujer.
A lo que el poeta colombiano, con aquella su gran fuerza per-

suasiva, le contestó al descuido:

—Todos los muchachos pasan por un período en que son efebos.

“Lo convenció al instante.

“Pero el día en que le leyó ‘**El Hombre que parecía un Caballo**, oyó de boca de Arenales, entre otras confesiones, que era homosexual.

“Luego, añadió categóricamente que mi padre no podía publicar su obra mientras él viviera.

“—La publicaré después de su muerte.

“—Tampoco entonces —le replicó Arenales—. No la podrá publicar nunca, porque me llenaría de ignominia y usted no tiene ese derecho. Esa obra es una infidencia.

“Sólo entonces supo de la homosexualidad de su amigo y la corroboró cuando leyó de nuevo **El Hombre que parecía un Caballo**. Sin darse cuenta consciente de los vicios de Arenales, mi padre tuvo la visión inconsciente de ellos y con hiperestesia congénita, que exageraba sus sensaciones —en sus días de ausencia de Arenales—, la expresó en su obra.

“Ahora que la había escrito deseaba publicarla. Siempre fue así: con toda su obra recién acabada luchaba por verla circular, como si en ello le fuera la vida. Estaba plenamente seguro de su valor artístico.

“Cuando Arenales le prohibió

su publicación, se sintió profundamente triste, y se retiró de él. Sufrió cruelmente. Anhelaba, con todas las fuerzas de su alma, llevarla a la imprenta; pero por el momento no se atrevió”.

“En los días que siguieron, Arenales, en una apasionada reacción que duró muchos días, empezó a contestar por escrito a su, según él, difamación, con un libro que tituló **Exégesis larga de un cuento corto**, que nunca llegó a concluir. Esta crítica destilaba un mortal tósigo. Todo lo que antes el afecto de su amigo aumentaba su vitalidad, su animadversión de hoy le hacía daño. Le hizo tal daño que se enfermó físicamente”.

Conocido el texto por Alberto Velásquez y otros compatriotas, resolvieron celebrar una velada para publicarlo. Y la primera edición apareció en la Tipografía “Arte Nuevo”, el 3 de mayo de 1915. Y Teresa Arévalo admite que su publicación le abrió a su padre el aliento de la consagración universal. Su texto se reprodujo en Costa Rica, en México, en España, en El Salvador, en el Perú, en Italia. Pero la identidad del señor de Aretal con Ricardo Arenales, pocos la lograban establecer.

Y viene un acto inesperado de Barba-Jacob. El, escribe en **El Fígaro** de La Habana, una nota en la cual declara en 1915:

“Con el título de **El Hombre que parecía un Caballo** ha publicado Rafael Arévalo Martínez una pequeña novela, que acabo de leer con la más profunda emoción. La obra es de

una belleza y de una intensidad extraordinarias; para encontrar algo superior en la novela psicológica, sería necesario subir hasta Poe, hasta Peter Altenberg, hasta Barbey d'Aurevilly. La creación del poeta de Guatemala, más bien acusa los destellos del genio que las manifestaciones del talento cotidiano... Un hálito de misterio atraviesa las breves páginas y el autor se sirve de inauditos recursos verbales para hacérselo advertir bellamente”.

Rubén Darío llega por el mismo año a Guatemala. Se le recibe con honores oficiales. Rafael Arévalo Martínez le regala el cuento. El gran poeta le dice al terminar su lectura:

“Mi padre se aprestó a hablar. El maestro le impuso silencio con un ademán lleno de majestad. Le preguntó con voz imponente:

—¿Crees en mí?

—Sí, maestro, creo.

—Entonces apunta este nombre que voy a pronunciar: Lautréamont, y apunta este otro nombre, que es el de su única obra: **Los Cantos de Maldoror**. Lautréamont es el único poeta, y su obra es la única obra que da, aunque sea con vaguedad, un precedente a tu extraña obra. En mi libro **Los Raros** encontrarás algunas noticias sobre él. Tu obra, fuera del caso único del terrible conde, no tiene igualdades ni analogías ni precedencias. ¿Qué minas nuevas, en subsuelos desconocidos, entraste a explotar? ¿Qué filones no sospechados saqueaste?”

El Maestro Alfonso Reyes en su libro **El Suicida**, publicado en Madrid en el mismo año, sostiene que:

El Hombre que parecía un Caballo y El Trovador Colombiano, estas dos preciosas novelas del guatemalteco Rafael Arévalo Martínez, contienen una observación genial. Aretal, el caballo, y Franco, el perro, son los tipos humanos que más abundan...”

Pero aún más: Ricardo Arenales, Maín Ximénez, o Porfirio Barba-Jacob —pues de tales maneras se firmó— anota la impresión que le despierta este cuento entre diversos contutulios y rinde homenaje a su autor en el periódico **Fierabrás**, de México:

“Rafael Arévalo Martínez es en estos momentos la figura más interesante de las letras centroamericanas: ninguno posee su extraña sensibilidad, su fervor místico que alterna con el afán humano, su ingenuidad un poco mórbida y hasta su don de comunicar ideas que no son propiamente nuevas, un hálito de misterio que vale por una verdadera renovación. Recordando que este hombre escribe sus versos de rodillas, con temblor de muerte y arrasados los ojos de lágrimas, podríamos afirmar que tiene algo de Fray Angélico. En la prosa de Arévalo es donde su espíritu atormentado, lleno de cansancio, con alucinaciones que conturban, ha encontrado la expresión del propio tumulto. Su pequeña novela **El Hombre que parecía un caballo** resulta el más bravo alarde de interpretación del

mundo y de sus fenómenos que se haya hecho en América. Leída recientemente en una tertulia literaria de México, empezó por suscitar sonrisas equívocas, fue ganando después los espíritus, y acabó por perturbarlos de tal suerte, que todos quedaron como en una de esas sesiones de los espiritistas. Y, sin embargo, la novela está compuesta con las cosas de todos los días, en estilo poco artificioso, con leves insinuaciones patéticas, con dejos de ironía velados por detalles casi insignificantes”.

“Sin imprimir conserva Arévalo Martínez varios trabajos, todos llenos de interés, todo animado por un enfermizo, noble y triste deseo de interpretar el mundo místicamente desde la cárcel de un cuerpo en decadencia”.

Rafael Arévalo Martínez trabajó mucho en lo que se llama la “psico-zoología” y que otros nombran la “fisiognomía”. En el libro **El Hombre que parecía un Caballo**, en la edición de 1958, del Ministerio de Cultura de El Salvador, el segundo relato se llama **El Trovador colombiano** y se refiere a un músico antioqueño, León Franco, quien con Marín, habían recorrido a México y Centroamérica, repartiendo nuestra música. Barba-Jacob los sitúa en estas líneas:

“Conocí a los trovadores colombianos Franco y Marín, a cuya locura de andar cantando debe Colombia un hecho glorioso: que se hayan difundido en México el bambuco, el pasillo y mil tonadas de canciones. Las dos

melancolías musicales, la de aquí y la de allá, se han reconocido fraternas: los dos pueblos se han oído sus rumores y sus amores íntimos en sus íntimas melodías. En México desbordan la más fina inteligencia y la más fina percepción artística y por eso la muchedumbre ha encontrado en las canciones de Colombia, sin analizarlas, una excelencia de flor que se mustia, de miel que se acendra... Después vinieron otros trovadores, pero eran muy calaveras”.

Hay un testimonio posterior de Barba-Jacob acerca del escritor y poeta guatemalteco. En su texto aparece su versión en cuanto a su amistad con el autor y la obra relacionada con su vida alucinante:

“He de recordar mis relaciones con Rafael Arévalo Martínez, el hemipléjico de mi tragicomedia, mal augur de Maín Ximénez... Maín Ximénez no se redimió al fin por una mujer, como tú me decías, mi amigo de Guatemala, sino por virtud del canto! A aquel espíritu lleno de deseo de ver, no de deseo de amar porque la angostura de su moral no se lo permitía, le parecí un ser en extremo raro. Hizo entonces su primorosa nivelilla en dos cuentos: **El Hombre que parecía un caballo**. Dízque era mi caricatura. Yo, francamente, no creo tener la sencillez ni la inocencia del señor de Aretal. A la obra de Rafael no se le ha hecho hasta hoy una verdadera crítica. Yo intenté hacérsela, pero me engolfé en unos estudios de Fisiognomía y eso exige tiempo...”

Jitanjáforo

Alfonso Reyes en su libro **La Experiencia Literaria**, en el cual recoge una serie de ensayos, publica uno con el nombre de "Las Jitanjáforas". Y una de las primeras referencias se orienta hacia nuestro gran poeta:

"Miguel Angel Osorio, o Ricardo Arenales, o Porfirio Barba-Jacob —poeta de múltiples nacionalidades, múltiple psicología y nombre cambiante, que ya en esto sólo nos revela su conciencia de la casualidad lingüística— recordaba haber compuesto de niño, sin darse cuenta clara, este arreglo silábico que, en sus momentos de rebeldía o de iracundia contra las normas, se sorprendía recitándose a solas:

La galindinjóndi júndi,
la járdi jándi jafó,
la farajíja jija
la farajíja fo.
Yáso déifo déiste húndio,
dónei sópo don comiso,

¡Samalesita!

Así, desde la alegre "galindinjóndi" hasta la trágica y salomoniiana "samalesita", corría la escala de la ira infantil".

¿Qué es la jitanjáfora? Es una especie de juego mental donde la capacidad creadora cumple su designio. Es un caprichoso devaneo intelectual. Quizás algunos la lleguen a considerar como un entretenimiento. El hecho es que las jitanjáforas de Barba-Jacob poco se han identificado. Ni siquiera la crítica se ha preocupado de establecer su alcance y significado, a

pesar de que el poeta, en el estudio "Claves" manifiesta que "Acuari-mántima", —uno de sus poemas más trascendentales—, a pie de página, "no es una estación de Michoacán: es una Jitanjáfora".

Estamos, pues, frente a un fenómeno literario que es inútil desconocer. Para explicar su alcance y su origen, tenemos que apelar a múltiples referencias del Maestro mexicano. El, lo primero que nos precisa es que el poema no se dirige a la razón, sino más bien a la pensación y a la fantasía. Las palabras no buscan aquí un fin útil. Juegan solas, casi".

Y avanza señalando que en el cerebro hay virutas. Entre éstas, brota "este dado de las palabras y el lenguaje que es, sin embargo, una función tan misteriosa, que de cada lance de dados —aunque las palabras sean absurdas, aunque las combinaciones de letras sean caprichosas— se levanta un humo, un vaho de realidad posible... Son huéspedes ociosos del alma, hongos de la pesadilla... Somos generales de un profundo ejército de sombras... En este suelo movedizo brota, como flor verbal, la jitanjáfora. A esta luz, también se la puede entender como una manifestación de la energía mitológica, nunca ahogada del todo, felizmente, por el lenguaje práctico. Y concluye: "Todos, a sabiendas o no, llevamos una jitanjáfora escondida como alondra en el pecho".

Reyes se refiere a las Jitanjáforas de Mariano Brull y al tratado que escribió Ignacio B. Anzoátegui, en 1930, con el título de **Nuevo Código del Jitanjaforizar**.

Aún más: él, busca jerarquías en Aristófanes y en Esquilo, sin menospreciar el Dante, a quienes considera "Adelantados" en tal género, que puede llegar a ser "caricatura poética" y los parentescos con Quevedo se relievan, lo mismo que los de don Juan de la Encina o los de don Jorge Manrique. Y cuando necesita un apoyo de autoridad hace referencias a don Rufino José Cuervo en sus clásicas y bien reputadas **Apuntes Críticos**. Jorge Luis Borges, Miguel Angel Asturias, Salvador Novo, Genaro Estrada, Arturo Capdevila, Luis Cané, son nombres que saltan en ese erudito estudio. Y sólo hemos tomado los escritores que lo hacen en español, pues en otras lenguas también brillan con su "caricatura seria".

El Maestro Reyes jerarquizó a las jitanjáforas en candorosas y en "conscientemente alocadas". Y más adelante vienen las divisiones y subdivisiones. El mismo nos evoca que José Luis Lanuza habla del "placer de disparatar". Y eso sí, que no se olvide que hay una gama respetable de ellas, como son las que se ciñen a la gramá-

tica y se apoyan en anacronismos. La otra, tuerce la lengua, la inventa, se doblega ante las incoherencias y, a veces, es como un galimatías. En todo caso, él sintetiza diciendo que es una "fuente de locura lírica".

Pocas referencias hemos hallado a esta singularidad de nuestro compatriota. Raúl Roa, en inquietante y sugestiva página, vuelve sobre el tema:

"¿Qué le pasa Barba? ¿Qué le pasa?"

—Jatinjafareo, jitanjafare... Catle - catleyas, tilán-tilancias, catle-catleyas, tilán-tilancias...

Y, dirigiéndose a los dos, el dedo imperativamente señalando la puerta, la mirada delirante, ensalivados los belfos como si tascara un freno invisible.

—Pueden irse. Yo soy el poeta hipotrocasmio. Porfirio Barba-Jacob vive en Guines. Ha comprado un huerto y lo está sembrando de bugambilias. ¡Váyanse ya! Catle-catleyas, tilán tilancias...".

Los poemas de Barranquilla

Hemos revisado varias publicaciones de los poemas de Porfirio Barba-Jacob. Ni en **Antorchas contra el Viento**, la selección de Daniel Arango; ni en **El Corazón iluminado**, que escogió el altamente calificado poeta Arturo Camacho Ramírez; ni en **Poemas Intemporales**; editada en México, se recogen varias obras que él hubiera querido que perduraran. Entre

ellas están "La tristeza del Camino" y "Campaña Florida", editadas en Barranquilla en 1906 y 1907.

En 1920, Barba-Jacob declaraba: "Hay cantos como "La esperada", los fragmentos de "La tristeza del Camino", mi "Parábola de los viajeros", y algunos más, que distan mucho de ser obras acaba-

das: les falta melodía interior, ajuste artístico". En Bogotá, en diciembre de 1927, volvía a insistir: "Faltan en la colección hasta once poemas que creo fundamentales dentro de mi obra lírica. Mencionaré los siguientes, por cuanto se alude a ellos en algunos de los que van en este cuaderno: "Parábola del Regreso", "La tristeza del Camino", "La Dama de los Cabellós Ardientes", etc.

En cartas a J. B. Jaramillo Meza insiste en ambos poemas. El 23 de septiembre de 1940, le recalca: "Si mejoro un poco (la esperanza vacila en mi pecho como una llamita azul batida por el viento) entonces me sobrarán medios de cerrar dignamente la carrera lírica que inicié en Barranquilla, con "La Tristeza del Camino" y "Campa

ña Florida", mis dos primeros poemas; tan incorrectos pero tan hondamente saturados de belleza de la más alta calidad".

Y el 23 de junio de 1941, le dice al poeta y escritor que reside en Manizales, cuáles supresiones se deben hacer. Es un escrutinio meticuloso, de ponderación de Barba-Jacob de parte de sus poemas. Pero eso sí, le notifica: "A la vez, te mandaré copia de mis poemas juveniles "Mi vecina Carmen", "La Tristeza del Camino", "Campaña Florida" y otros y mis cantos de mis últimos tiempos".

De suerte que nunca descartó de su conjunto los poemas publicados en Barranquilla con el seudónimo de Ricardo Arenales.

Un lírico canta su angustia

Baldomero Sanín Cano, que escribió siempre en el idioma de la serena ponderación, le dice a ese otro gran creador colombiano, Rafael Maya, que Barba-Jacob es "ese poeta desencadenado y extraño" y, le manifiesta que le ha dado dificultad aprisionar todo el significado de su poesía porque avanza hacia la "tenebrosa profundidad de sus cavernas".

Realmente no es fácil acercarse a su mensaje. El lo advirtió así cuando dijo que "no puedo sacar de las venas de mis palmas la sangre clásica, romántica y simbolista". Manifiesta que "luché por trascender la retórica "modernista"; por volar libremente hacia la forma pura, simple, de inagotable virtud germinal".

Entra en éxtasis mesiánico y dice: "Tampoco los príncipes de la lengua me dieron mi desatada libertad, sino que yo me la tomo y a mí me sirve para escribir como me da la gana, yo pomposo, yo romántico, yo engreído, yo delirante, yo prestidigitador".

Y de una vez rechaza a mucho lector incapaz de aprisionar la fuerza de su creación. El, proclama:

"Mi poesía es para hechizados. Aunque se manifiesta generalmente con una apariencia de tranquilidad, está llena de temblores, de relámpagos, de aullidos. Hay que desentrañarla, no en la complejidad de sus pensamientos, sino en la complejidad

de sus emociones. Parece cerebralizada: no lo es. Yo soy hombre de tono profundo, y no producto al por mayor de la Naturaleza.

¡Hechizantes opios, hechizante caña de México, hechizante feo alcohol, hechizante amor de la inteligencia hacia la vida — que es el mejor de los hechizos—: he aquí lo que yo demando a los lectores de estos poemas. Sin una exaltación de entusiasmo, o aunque sea de iracundia contra mi numen, no es posible leer mis páginas inflamadas”.

Barba-Jacob indicó, sin dubitaciones, cómo había sido su transcurso humano a través de su poesía. No quiso que persistieran dudas y dijo: “Las etapas que me es dado determinar con alguna certidumbre dentro de mi vida. Primero baluceo e incertidumbre; luego, desesperación, vicio, locura, nihilismo, intento de asumir torturas ajenas para el logro de meras modalidades del dolor humano;

pero, sobre todo, conciencia obsesionante del giro fugaz de los días; y por último, melancolía y algo como el alba de la serenidad”.

Así va Barba-Jacob conservando, entre los grandes poetas colombianos, la vigencia de su poesía. Nadie puede penetrar en ella y mantenerse indiferente. El cantó en un idioma entre desgarramientos, gemidos, protestas y dulces sueños de infantilidad. A él le debemos el descubrir la parte oscura de la vida del hombre. Y, también, aquella en la cual las evocaciones van adelgazando las palabras hasta llegar a las formas primitivas del gozo elemental. Todo en sus textos conturba y compromete, porque la nostalgia nos pone en evidencia de que todos participamos de una zona espiritual propicia a la melancolía. De su lectura salimos con una nueva visión de cómo es de contradictorio el universo interior del hombre. El, ya lo había advertido en su “Canción Ligera”:

“Dichosos los poetas
porque todo lo pueden expresar” ◆



BIBLIOGRAFIA

- Arévalo Martínez, Rafael. **El Hombre que parecía un Caballo y otros cuentos**. Colección Contemporáneos. 8a. ed. San Salvador, Ministerio de Cultura, 1958.
- Arévalo, Teresa. **Rafael Arévalo Martínez (De 1884 hasta 1926). Biografía**. Guatemala, Talleres de la Tipografía Nacional, 1971.
- Barba-Jacob Porfirio: **La Canción de la Vida Profunda y otros poemas**. Prólogo y selección de J.B. Jaramillo Meza. Manizales (Colombia), Imprenta Departamental, 1937.
- Antorchas contra el Viento**. Prólogo y selección de Daniel Arango. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Volumen XL. Bogotá, 1944.
- Poemas Intemporales**. Colección Ideas Letras y Vida. México, Cía. General de Ediciones S.A., 1957.
- El Corazón iluminado**. Selección de Arturo Camacho Ramírez.
- Gil Jaramillo, Lino. **El Hombre y su Máscara**. Cali (Colombia), Editorial "El Gato", 1952.
- Holguín, Andrés. **Antología Crítica de la Poesía Colombiana (1874-1974)**. Biblioteca del Centenario del Banco de Colombia. Bogotá, Editorial Op. Gráficas Ltda., 1974.
- Maya, Rafael. **Obra Crítica**. Presentación y Selección de Cristina Maya. Bogotá, Ediciones del Banco de la República, 1982.
- Mejía Gutiérrez, Carlos. **Porfirio Barba-Jacob. Ensayo Biográfico**. Medellín (Colombia), Imprenta Municipal, 1982.
- Reyes Alfonso: **La Experiencia Literaria**. Colección Contemporánea. Buenos Aires, Editorial Losada, S.A., 1952.
- Revista del Centenario de Porfirio Barba-Jacob, 1883-1983**. Santa Rosa de Osos (Colombia). Abril de 1983, No. 1.